NOSTALGIA APRÈS VOYAGE

M. M. Castellano

Image not found.

Capítulo 1

NOSTALGIA *APRÈS VOYAGE*

Me encanta viajar. Aunque hoy en día suene a tópico y hasta el ermitaño de turno manifieste su pasión por conocer lugares nuevos, reafirmo mi gusto por los viajes. Sí es cierto que mi peculiar manera de disfrutarlos puede diferir de la del resto del mundo. Me creo especial.

Lo primero que encuentro que no se corresponde con la tendencia popular es ese interés repentino por todo lo exótico. O sea, no me suscita la menor curiosidad el tener que embarcarme en un viaje de dos aviones, una avioneta, un coche sin puerta del maletero y una barca para llegar a una isla semidesierta o a un rincón plagado de fauna y flora de lo más salvaje. Mi cuerpo no me lo pide, la verdad. Por otra parte, no dudo que por aquellos lugares se disfrute de un remanso de tranquilidad que dista mucho de una playa andaluza un día de julio, pero para disfrutar de un viaje no creo que sea necesario meterse en el papel de Robinson Crusoe.

Mis gustos son menos exquisitos. Disfruto de cualquier lugar en el que no haya estado nunca. Ya sea un pueblo a 30 kilómetros de la ciudad o cualquier otro país. De hecho, últimamente encuentro especialmente reconfortante visitar pequeños municipios que, aunque lo más pintoresco que puedas presenciar sea que alguien te diga «buenos días» al entrar en un establecimiento, ofrecen un escenario perfecto para observar cómo se desenvuelve lo cotidiano en un espacio distinto del habitual. Las señoras cotorreando en la puerta de la farmacia, gente tomando su café en la terraza del bar, los que se saludan a voces de una acera a otra de la calle...

He de confesar que mi debilidad son las calles en sí. En concreto, aquellas por las que no pasa ni el barrendero, y que estén preferiblemente empedradas, nada de asfalto ni vehículos, a ser posible. Calles con casas llenas de historia, con fachadas señoriales y macetas en los balcones.

Soy una chica de gustos sencillos, e incluso parece que disfruto más estas tímidas visitas que los grandes viajes. Esta última afirmación requiere algo de contexto. Con ella no quiero decir que visitar la Capilla Sixtina o el MoMa de Nueva York sea comparable o incluso resulte menos satisfactorio a ver cómo entran los vecinos de un municipio a la panadería del barrio. No obstante, me he dado cuenta de que, cuando me he embarcado en un viaje a un lugar aclamado y con multitud de monumentos que visitar, me ha sabido a poco.

Para empezar, el trasladarte a una ciudad extranjera totalmente distinta de tu entorno conlleva un proceso de asimilación o, mejor dicho, de conseguir un mapa en el primer lugar que encuentres. Para poder moverte

por ella y cumplir con el riguroso *planning* que te has autoimpuesto es necesario que tengas un mínimo sentido de la orientación. Y lo de la planificación es otra. Es inevitable que al visitar sitios emblemáticos donde hay tantísimos lugares por descubrir haya que planificar el viaje. Y por muchos blogs y páginas que leas del tipo «Qué ver en Londres en dos días» o «Cómo aprovechar un día en Marrakech» al final vas siempre con prisa.

A todo ello se suma el factor de la expectativa. Hoy en día Internet en general y las redes sociales en particular nos brindan miles de imágenes de los lugares más recónditos del planeta. Fotografías maravillosas que nos hacen imaginar una y otra vez lo impresionante que será. De esta manera, cuando llegamos a las cataratas del Niágara (no es mi caso) o al muro de Berlín, la cosa ya no impacta tanto. Parece que constatas algo que ya has visto.

El colmo de los viajes, y algo que a mí me enfurece especialmente, a pesar de mi naturaleza *millennial*, es la omnipresencia de los móviles en todo lugar transitado por los turistas. Incluso afirmo que muchos ni siquiera miran directamente lo que tienen que mirar, si no que están centrados en captarlo con su dispositivo móvil para que los demás puedan ser testigos de su experiencia. O sea, que al final termina igual que empezó: viéndolo a través de una pantalla. Fui testigo de una escena de este tipo el año pasado cuando tuve la suerte de visitar la Capilla Sixtina. Tras haber conseguido embutirme en un hueco de una banca en el lateral de la sala para disfrutar de la vista, cruzó una turista de origen aparentemente japonés con móvil en mano, abriéndose paso entre la multitud, sin apartar la vista de la pantalla. No subió la mirada ni una vez. Me pareció increíble. Al mismo tiempo que intrépido, ya que los responsables de seguridad no paran de repetir «*NO PHOTO*» en tonos ciertamente amenazantes. No sin motivo por otra parte.

Todo esto es lo que me lleva a disfrutar de los viajes cuando estoy de vuelta en casa. Las sensaciones que he experimentando a cada momento. Además, el sentimiento de nostalgia se acentúa y al mismo tiempo se vuelve más dulce conforme transcurre el tiempo. Así, recordar cómo unas señoras me echaron la bronca en italiano cuando cometí la osadía de meter los pies en una fuente en Roma me parece algo anecdótico y divertido. Aunque en aquel momento quisiera tirarme por un puente.

Sabiendo todo esto, no es de sorprender que me guste ver cómo las señoras se cuentan chismes en la puerta de una farmacia en un pueblo perdido de la Alpujarra granadina. Ahí no hay expectativa, no hay dispositivos móviles, pero si hay algo conocido en lo desconocido.